

que hay pólvoras con bendiciones.—A la hora en que esto escribo, gracias á algunas iniciativas que espero han de ser fecundas, fermenta y germina *El aguinaldo del soldado*. ¡Ojalá medre!

He observado que, si en algo se nota claramente el desequilibrio humano, es en lo tocante al bolsillo. Tal derrocha miles y regatea terca y afanosamente dos pesetas. Conocí á un señor que se jugó una fortuna de setenta mil pesos, y tenía la manía económica de partir al medio los fósforos, encendiendo dos pitillos con lo que había de encender uno. Verdad es que generalmente no encendía ninguno, porque una cerilla partida no arde.

También se dan casos de personas opulentas que recogen en la calle puntas de París oxidadas, alfileres y calcomanías de las cajas de sémola; y no habremos de los que, en un sarao, se pelean con el *sursum corda* por llevarse á su casa figuras del cotillón, que son la cosa más *útil*, como todo el mundo sabe, y que, por no verlas delante, hay que regalar selas al chico de la portera.

Estas anomalías, que yo llamaría desórdenes de la nutrición pecuniaria, aparecen de realce cuando se inicia una subscripción con fines tan altos como el que ahora impulsa á los buenos españoles á enviar al ejército dinero destinado á los heridos, ó una fruslería envuelta en cariño para pasar la Navidad.

Hay quien grita, protesta, se llora, dice que no tiene un céntimo, que esto es un saqueo, que es imposible atender á tantas cosas, y que á este paso la vida es un soplo...

Y á renglón seguido, vedles correr á la Administración de Loterías á comprometer el décimo, á la taquilla del teatro á sacar el palco, para aplaudir por cuarta vez *La viuda alegre*, que es una obra maestra del arte humano; á casa de la modista, para adquirir el sombrero más voluminoso, con el guacamayo más verde. Vedles entrar en la confitería á encargarse los variados postres, en el café á intoxicarse de cognac, en el casino á esperar que salga el caballo de oros, en la tienda á elegir juguetes caros para los chiquillos, en el cine á no perder película... Y todo esto es muy lícito, y está muy en el orden, y Dios me libre de censurarlo; que cada cual manda en su bolsa... Pero la verdad en su punto: con un capricho menos al año, se podría tener el gallardo gesto de sonreír al entregar el óbolo para el aguinaldo de nuestras tropas.

Nadie es más rico ni más pobre por la peseta ó por el duro. Las clases proletarias, en eso, nos dan lecciones á los burgueses. Si les interesa un fin, los obreros se cotizan, dan en la medida de sus fuerzas, y no deploran lo dado. ¿Será verdad aquello de nuestro panzudo egoísmo? Tal vez no. Es más bien que egoísmo, la rutina de defenderse del gasto pequeño, que no se espera. El movimiento retráctil hay que atribuirlo á dos cosas; primera, las susodichas anomalías, los fósforos partidos al medio; segunda, el no hallarse bien sentada la noción de lo que puede y no puede dejar de hacerse; la falta de un convencimiento, de una fe absoluta en que es preciso tener patria, y que la patria se tiene... queriendo tenerla. La patria no es el Estado, como muchos se imaginan; el que el Estado funcione, podrá evitarnos algunas preocupaciones, pero no nos exime de todos los deberes cívicos y patrióticos. La patria va hasta más allá de la nación. Y como no he de aburrir, al menos á sabiendas, á los lectores de estas crónicas, no les citaré autores de derecho político, cuya autoridad esclarecería este concepto. Sólo quiero insinuar que, en España, no es lo mismo dar para los «damnificados» de Mesina, que para el ejército español. Lo primero es bueno; lo segundo, bueno y necesario. Y basta de matemáticas.

Ni trato yo de insinuar que la patria sea exclusivamente el ejército. Todos tenemos nuestro pedazo de patria que hacer... ó, ¡ay dolor!, que deshacer. Cuando enviamos á las prensas el libro, nos sostiene la ilusión de *patrificar* (el neologismo me sea perdonado). Hay más patria que la patria armada; hay la agrícola, la intelectual, la docente, la artística, ¡y cuántas otras! Pero así que estalla la guerra, diríase que todas se cifran en esos mozos que van alegres á sufrir, quizás á morir. Mientras dormimos en cama y bajo techo, acampan ellos al raso, y pasan las húmedas noches de Melilla sobre unos costales de paja, cuando los hay. Si la lluvia sobreviene, sus huesos se calan, sus ropas, vueltas plomo, se pegan á sus carnes, la fiebre acecha, tiritan, pero están contentos; aún les queda el buen humor heroico, y se chancean, mientras el agua continúa ensopando el campamento triston y obscuro. El temporal ruge; la ola furiosa devasta las tiendas de campaña, se lleva las provisiones, las ropas, los utensilios; es una especie de

nafragio. Al otro día, patullan en cieno y el sol abrasa; antes, el polvo había sofocado gargantas y pulmones. No importa, la tropa no se queja. ¡Bueno fuera que se quejase! Porque si es cierto que deseamos enviarles todo cuanto exprese nuestra fraternal simpatía, también lo es que al lado de nuestra obligación está la suya, y que por sus padecimientos y sus riesgos arrostrados bravamente, el ejército, ahora, nos representa eminentemente á la patria. Batirse, á primera vista, es todo... Quizás sea lo menos, y tenga más valor aún la larga paciencia, la resistencia al tedio, la salud perdida, las privaciones, la dura escuela en que se forjan las convicciones y se templan las almas. Y las mujeres, que no vamos á la guerra, tenemos que preocuparnos aquí, mucho, sin tregua, de los que allí pisan tierra española, porque la han ganado con su sangre; pero que, al cabo, no están en España, en el sentido familiar é íntimo de la frase, y pasarán la sagrada Noche lejos de sus amores, lejos de su tierra, lejos de los árboles que les dieron por primera vez sombra.

Las condiciones de esta guerra son además especialísimas para avalorar la entereza de los que la sostienen. No sólo el enemigo es aguerrido y está, como suele decirse, en su casa, sino que es traidor, insidioso, falso; combatirle es como andar sobre arena movediza. Cuando presentan el novillo ó el carnero para sacrificarlo en signo de paz, no es seguro que á la media hora no sacrifiquen con diabólico aullido al soldado que se rezague ó se aparte imprudentemente del campamento. ¡La paz! Hace dos meses que oímos hablar de ella, y confieso que me cuesta trabajo comprender de qué modo va á hacerse, no habiendo realmente con quién tratarla, que ofrezca garantías de buena fe. ¿Qué prenda tenemos de la veracidad de los cabileños? Ello es que ninguna, y si muchas pruebas de su doblez, propia de gente que está cerca del estado primitivo. Dicen que hay pueblos salvajes que cumplen estrictamente su palabra: si esto es cierto, no contemos á los del Rif en el número. España mantendrá lo que pacte; ellos, sólo en la medida de su utilidad ó su fanatismo. ¿Paces? ¿Con quién? ¿Ante quién? Yo nada entiendo de esto, y me reconozco profanísima; pero mi impresión es que, sin hablar de paces, puesto que ahora no atacan, parte del ejército podría regresar, quedando allí próximamente el que siempre quedaría si la paz se pactase; y así, sin compromisos adquiridos, aguardar á que por su propia conveniencia restableciesen los rifeños la normalidad de relaciones—no sin haberles administrado, por despedida, una paliza monumental.

Repito que hablo sin autoridad ni conocimiento. ¿Soy la única? Porque la flemma que despliegan estos moritos para acabar de someterse, hace que se charle mucho. Claro es que cada cabeza da su sentencia, y las hipótesis y las zozobras en los cálculos son infinitos...

Un día que pasa, una decepción. Todo se vuelve comentarios. ¿Qué diplomacias de conciliábulos entre chumberas, qué augurios de las entrañas de los carneros degollados en prenda de buena amistad, nos tienen así, pendientes de solución?

Lo más significativo para suponer que la cosa va de vencida, es que fotógrafos y noticieros, haciendo lo contrario de la golondrina en la canción de Zorrilla, se han vuelto del Africa.

No creamos, sin embargo, porque la guerra termine ó cosa equivalente, que ese problema africano se ha resuelto. Ha de darnos en qué pensar, ó mejor dicho, continuará dándonos si Dios no lo remedia, porque las cosas van muy aprisa, y que Marruecos se desbarata, es fijo, y nuestra situación ante el casi bárbaro imperio no puede ser de pasividad, dada nuestra posición geográfica. No lo veremos los que no somos jóvenes; pero Marruecos será puesto bajo la protección de Europa, de lo cual hay ya múltiples señales, y no porque, según un diputado radical francés que ó es un simple ó lo remedia, quiera ninguna nación cristianizar á Marruecos, sino porque las naciones buscan mercados y las razas inferiores han de someterse.

Todo esto son fantasías del porvenir, de un porvenir que se convierte en presente cuando menos lo pensamos. ¡Cuánto tiempo se ha perdido, desde los Castillejos y el Gran Cristiano acá!

Nuestros mayores, á quienes no les llegamos al tación, ya estarían ahora levantando en Zeluán alguna villa, cercándola de muros y echando los cimientos de la iglesia y de la casa del Concejo... La villa se llamaría «Santa Victoria de la Alcazaba» ó cosa parecida. Y sería gloriosa, y sería poblada, y en ella nacería gente de pro. Ahora... Tiempos van y tiempos vienen.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo desearía que las mujeres españolas que me leyese pensasen en el *aguinaldo del soldado*.

La Nochebuena se aproxima. Se aproxima, con sus alegrías infantiles y bonachonas, con sus exuberancias gastronómicas, con su sensación cálida de hogar, hasta para aquellos que carecen de él, gracias á la hospitalaria costumbre española de invitar á cenar, tal noche, á los que están solos. Se aproxima..., y aún no sabemos si cuando llegue será un hecho la paz, pero sí estamos seguros de que mucha parte de nuestro ejército no habrá abandonado para entonces el litoral africano. La ocupación exigirá tropas en no corto número, y esas tropas se componen de españoles que el 24 de diciembre próximo estarán lejos de los suyos, recordando que hay seres queridos, que hay cena íntima bajo sus tejas y á la vera de su lar humilde...

Así como un regimiento debe ser una gran familia, una patria debe ser una gran madre. Los que luchan por ella necesitan saber que se les recuerda, que hay para ellos corazón. Será una de las mayores penas, de los desconsuelos más profundos, sentirse olvidado, cortada la comunicación entre el suelo natal y el hombre. En la trágica guerra de Cuba, hubo destacamentos á los cuales se les dijo: «Aguardad ahí; no os mováis hasta que recibáis órdenes.» Y allí aguardaron, en efecto, perdidos en la vasta manigua, sin víveres, al borde de un río pantanoso cuyos pútridos miasmas generaban la fiebre, bajo el sol canicular, bajo los aguaceros torrenciales, y allí estuvieron cinco meses, seguros de que nadie se acordaba de ellos, de que su estancia en aquel lugar no obedecía á necesidades estratégicas, sino al descuido, á la indiferencia, á la confusión de órdenes y planes... A cada momento, á sus espaldas, de la intrincada maleza, podía surgir, machete al puño, la negrada superior en número, recia y musculosa, y caer sobre la columna, cuyos individuos hallábanse reducidos por la mala alimentación y la calentura á un puñado de enfermos ó de moribundos... No importaba; llegado el caso, se defenderían, escribirían otra ignorada página gloriosa. Pero no conozco heroísmo como ese, ni sacrificio como el de sentirse borrado, por el olvido, del reino espiritual donde queremos vivir, de la memoria de los que nos aman. Y así, repito que las mujeres de España harán bien si piensan en el soldado que quedará en Melilla el 24 de diciembre, y enviarle cuanto puedan: dulces, turrones, cigarros, vinos, ropa de abrigo; lo que les enviarían, si se lo permitiesen sus medios, las madres, y lo que muchas remitirán, de seguro, aun quitándose selo de la boca...

Y ojalá este impulso, que empieza á notarse, se propague como un reguero de pólvora bendita—si es

En Anatol famos ne, ni su con agoté l sia, po alquier con las to se r tinentes ces so Pingui porque al rey tia de Quien ble, pe sino á tributa: Y lo de Lor y la loc tuve p tampon sea, qu achaqu rioso, do, poi y da za cos, cu no les

Sien diese i situad Wagne místico Españ donde bravam estrech Tambi donde caballe de extr resonat existies empen: Leo los erro Encicla Como Arimat el Sacr nada c su cele ñor en llado el lo prim ceder e empeza